

EDITORIAL

Una escuela más viva

LOS primeros muros que habría que derribar para conseguir una escuela más viva serían los muros interiores, los tabiques que separan un aula de otra y las convierten a todas en compartimentos estancos. La historia, separada de la literatura y ésta a su vez de la filosofía y de la matemática y de la física; todo ello concebido como porciones abstractas de una realidad y enlatadas en textos más o menos atractivos, pero que nunca enfocan el mundo como es, sino los resultados que unos sabios han obtenido al observarlos en alguno de sus aspectos parciales.

Esta atomización debe de ser secuela de la manía escolástica de escindir y dividir para clarificar. (No en vano la escuela creció a la sombra de los campanarios.)

TODAS las ciencias de la filosofía escolástica tratan en las nociones preliminares de definir acusadamente cuál es su objeto de estudio. Primero se habla de un objeto material que es como un acercamiento inicial, para precisarse después el punto de vista desde el que se estudia, y a eso se le llama el objeto formal. Parece uno de esos microscopios que ofrecen la posibilidad de observar con diversos aumentos el pétalo depositado en la patina. Lo que ve uno en las sucesivas magnificaciones ya no es pétalo sino una extraña red de tejidos y células. No quiere esto decir que haya que estar contra el estudio profundo de las cosas, no; pero, antes de llegar a esas intimidades, por favor, que nos dejen ver la rosa.

EN la escuela nos ocurre lo mismo. Todo lo separamos y lo dividimos para poder observarlo mejor; lo enfocamos desde distintos puntos de vista y a veces el punto de vista se nos convierte en algo tan importante que incluso se nos tiene de pie y lo independizamos.

No es ese el camino natural del aprendizaje. El aprendizaje parte de la realidad, porque todo conocimiento llega a nosotros a través de los sentidos, y la realidad presenta problemas unitarios, aun cuando ofrezcan múltiples aspectos.

En la naturaleza no se dan los fenómenos físicos separados de los químicos y lo matemático está involucrado en los aspectos cuantitativos de ambos. Pero no sólo esto, también disciplinas humanistas, tradicionalmente postergadas a otras zonas del saber,



inciden profundamente en zonas científicas. El mundo moderno muestra cada día la necesidad de tener en cuenta en planteamientos científicos presupuestos éticos, sociológicos, históricos, políticos,¹

La interdisciplinariedad es un intento de solución a los problemas de atomicidad que crean los programas actuales fragmentados en disciplinas múltiples. Es un remedio a un problema, quizá no sea todavía la solución ideal. La Escuela debe de plantearse necesariamente el volver a una concepción integradora de sus programas, pero la concepción burocratizada de la enseñanza que impera hoy impone pasos intermedios como este.

(1) La sociedad no puede permitir ya la existencia del científico puro, preocupado solo de sus investigaciones y ajeno por completo a las consecuencias de todo tipo que sus descubrimientos pueden acarrear.